

el Bautismo la fe, la esperanza y la caridad, y hacerles dar gracias á las tres personas de la santísima Trinidad por haberles otorgado estas virtudes, noble patrimonio de los hijos de adopción, gérmen precioso de gloria é inmortalidad <sup>4</sup>.

ORACION.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haberme dado en la resurrección de vuestro Hijo la prenda de mi gloriosa resurrección en el día del juicio : haced que resucitemos ahora á la gracia, para que algun día podamos resucitar á la gloria.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios ; y en testimonio de este amor, *me prepararé con el mayor cuidado para la comunión pascual.*

*solebat, idem per reliquos hebdomadæ dies factitabatur. (Martène, De antiq. Eccles. discipl. in celebr. div. offic. c. 25, n. 25.)*

<sup>4</sup> Durand. lib. VI, c. 89 ; Tomasino, *Celebración de las fiestas*, lib. II, c. 16.

LECCION XXXIX.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

Anunciación de Nuestra Señora. — Excelencia de esta fiesta. — Su objeto. — Su influencia. — Su origen. — Sentimientos que debe inspirarnos. — *Ave María*. — Devoción á María. — Una *suttée* <sup>1</sup> en Benarés.

I. Excelencia y objeto de la fiesta. — La Iglesia católica celebra el día 25 de marzo la fiesta de la Anunciación de la Virgen santísima. Entre los grandes acontecimientos cuya memoria consagra nuestra santa Religión, este es sin duda alguna el que ocupa el lugar mas preferente, porque viene á ser el primer eslabon de la larga cadena de prodigios que forma la historia de la humana redención. En efecto, Pentecostes, la Ascension, Pascua, la Natividad, suponen la encarnación del Verbo eterno, y la encarnación del Verbo supone la anunciación de María. Así pues, esta fiesta se refiere principalmente á la Virgen santísima <sup>2</sup>. Medítese esto bien, y se verá cuánto ventaja esta solemnidad á todas las fiestas de las naciones ; se verá sobre todo hasta qué punto la Religión es capaz de elevar los pensamientos del hombre, supuesto que los convierte todos hácia lo infinito.

Dios, como todopoderoso que es, puede obrar con entera independencia de las criaturas ; mas para dar al hombre, aun despues de su caída, una elevada idea de su dignidad, lo toma comunmente por compañero en la realización de las obras exteriores. De este modo vemos que asocia á Moisés á su omnipotencia para librar á los Hebreos de la servidumbre de Egipto ; le encarga la promulgación de su ley, y le pone por mediador al hacer su alianza con el pueblo de Israel ; despues asocia los Profetas á las luces de su inteligencia infinita para revelar al mundo los secretos de las cosas futuras ; así como mas tarde asociará doce pescadores á la misión divina de su Hijo, para la conversión del universo. Hoy va á asociar una humilde virgen al cumplimiento del mas estupendo de los prodigios. Su Hijo, el Verbo eter-

<sup>1</sup> La palabra *suttée*, en el sanscrito, ó lenguaje sagrado de los Indos, significa una viuda que se sacrifica en la hoguera fúnebre de su esposo.

<sup>2</sup> Optime advertit Suarez, si hæc festivas in se consideretur, magnæ eam esse dignitatis inter solemnitates quæ ad Christi humanitatem pertinent... Sed quoniam non prius perfecte illius modi collatum est donum, quam B. Virgo pepererit, inde includit, natalis Christi diem festum præcipere ad Jesum, annuntiationem ad B. Virginem attinere, cui Ecclesia hujus diei officium ecclesiasticum dirigit. (Bened. XIV, de Fest. pág. 444, n. 1.)

no, ha resuelto revestirse de nuestra naturaleza. Él, que todo lo ha criado, bien pudiera prescindir de la cooperacion de toda criatura; mas á pesar de esto, quiere tomar un cuerpo formado de la sustancia de una mujer.

En consecuencia, decidese anunciar á esta mujer privilegiada la eleccion que Dios ha hecho de ella, y á tal fin elígese al arcángel Gabriel para que vaya como embajador á pedir el consentimiento de María. ¡ Ved con qué miramiento nos trata Dios! La fiesta de la Anunciancion tiene por objeto honrar la memoria de aquella embajada, la mas importante de cuantas hubo jamás. En efecto, ¿quién es el que envia esta embajada? El Rey de los reyes. ¿Quién es el embajador? Un príncipe de la corte celestial. ¿Á dónde se le envia? Á una pequeña ciudad de Galilea, llamada Nazareth. ¿Á quién se le envia? Á la criatura mas grande, mas augusta y perfecta de cuantas han pisado y pisarán la tierra. ¿Quién es, pues, esta criatura? ¿Es una reina, señora del mundo? No; es una vírgen de sangre real, pero pobre y desconocida, á quien su inviolable pureza de alma y cuerpo, su perfecto amor y absoluta sumision á Dios dan un lustre muy superior al que pudiera darle el cetro mas poderoso. Razon humana, razon degenerada, mira y aprende. La eleccion de una pobre vírgen para el cumplimiento del mas inesfable de los misterios es una prueba sensible de que á los ojos de Dios nada valen los tesoros y dignidades de la tierra, ni hay verdadera grandeza fuera de la que dimana de la santidad. ¿Lo entiendes ahora <sup>4</sup>?

Pero sigamos al celeste embajador, y veamos cómo desempeña su embajada. Llega á presencia de María, y la saluda diciendo: *Dios te salve, llena de gracia*. No era aquella la primera vez que se aparecian los Ángeles á las mujeres: tambien aparecieron á Sara y á Agar, pero en ningun caso vemos las demostraciones de respeto que el ángel Gabriel hace á María. *Dios te salve, llena de gracia*, le dice; como si dijera: Yo te saludo como el objeto mas digno de la consideracion del Altísimo. Abraham, Isaac, Jacob, los Patriarcas, los Profetas, san Juan Bautista, el mas grande entre los hijos de los hombres, poseen la gracia, pero con medida; mas tú, ó María, la tienes en toda su plenitud.

El mensajero prosigue: *El Señor es contigo*. ¿Qué dices, santo Arcángel? ¿No estaba el Señor en Moisés con su poder, en los Profetas con su sabiduría, en David con su bondad, y hasta en todas las criaturas con su inmensidad? Las palabras que ahora pronuncias ¿no debilitan el sentido de las anteriores? De ninguna manera: lo

<sup>4</sup> « Era general entre los antiguos pueblos la creencia en una Virgen Madre de Dios. Véase *Armonía de la Iglesia con la Sinagoga*, t. II, por Mr. Drach. Sin embargo, esta obra debe leerse con precaucion á causa de ciertos pormenores que contiene, relativos á las costumbres. »

que tú quieres decir es que el Señor está en María, no como está en las demás criaturas, en David, en Abraham y en los Profetas; no como está en todos los justos, con aquella gracia santificante que produce los *hijos*, ó en los escogidos, con aquella especial proteccion que les conduce al término de la felicidad; sino que está con María en la realidad de la persona adorable del Verbo que va á formarse un cuerpo con la sustancia de aquella vírgen, en cuyo seno reposará, como en una nueva arca de alianza, por espacio de nueve meses, con su divinidad y su humanidad. Hé aquí cómo el Señor está con María: ahora conozco que este nuevo elogio aumenta el anterior.

Gabriel continúa: *Bendita tú eres entre todas las mujeres*. ¡Pues qué! Adán, Noé, Abraham, Moisés, David, los Profetas, ¿no fueron acaso bendecidos? Lo fueron, sí, pero no como María; pues la bendicion de aquellos era limitada, era comun á muchos y tenia por objeto la consecucion de un fin particular; al paso que la bendicion de María es la bendicion de las bendiciones, la plenitud de todas las otras, una bendicion exclusiva, incomunicable. Es bendita entre todas las mujeres; Dios se vale de ella con preferencia á todas las demás personas de su sexo para levantar la maldicion en que incurrió el género humano: por esto, de hoy mas todas las naciones la bendecirán.

¿Quereis saber ahora qué impresion hicieron en María aquellas palabras, las mas lisonjeras que jamás sonaron á los oídos de mujer alguna? María se turba; sí, la vírgen de Judá se turba, porque sabe que las alabanzas son el artificio de que se vale comunmente la seduccion; túrbase la nueva Eva, porque se acuerda de que la primera Eva fué víctima de la adulacion. Así es que guarda un modesto silencio, pensando qué es lo que puede significar aquella salutacion. ¡Cuántas almas inocentes se han corrompido por no haber usado de la misma precaucion que María! Aprended con su ejemplo, ó vírgenes cristianas, aprended con su ejemplo á desconfiar de las alabanzas y á cerrar los oídos á la seductora voz de los aduladores. María se turba, no solo porque es pura, sino tambien porque es humilde. Las almas puras no pueden tolerar las alabanzas, porque se conocen á sí mismas, y conociéndose se desprecian y atribuyen á Dios lo que en sí pueden tener de bueno. Tal era María. ¿Y nosotros?... ¿nos turbamos tambien cuando oimos que nos alaban?

Viendo el Ángel la inquietud de María, apresúrase á tranquilizarla. « No temas, María, le dice, porque has hallado gracia delante » de Dios: hé aquí concebirás en tu seno un hijo, y llamarás su » nombre Jesús. Este será grande, será Hijo del Altísimo, y le dará » el Señor Dios el trono de David su padre; y reinará en la casa de » Jacob por siempre <sup>4</sup>. »

<sup>4</sup> Luc. I, 30, 31, 32.

Así, pues, serás, ó María, madre de Dios; hé aquí el misterio; ¿consientes? Tu pureza y tu humildad no padecerán el menor detrimento. Consiente, vírgen santa, consiente, no dilates la salvacion del mundo<sup>1</sup>; piensa que de tu consentimiento depende el que tengamos un Salvador. La humilde y dulcísima María se inclina ante la voluntad de Dios, y se sacrifica, porque aceptando el título de Madre de Dios, acepta también el de Reina de los Mártires. « Hé aquí, » dice, la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra<sup>2</sup>. » Y al instante se cumple el misterio de amor prometido á la tierra cuarenta siglos antes: el Verbo se encarna, es decir, toma un cuerpo humano formado de la más pura sangre de María, y un alma humana que, al punto que se une á él, goza de los más augustos privilegios, y conoce lo presente, lo pasado y lo venidero. Dios tiene un adorador digno de sí, y el mundo un mediador todopoderoso. Decid ahora, ¿no es este un suceso digno de ser transmitido de generacion en generacion por medio de una fiesta solemne?

II. Influencia de esta fiesta. — Vírgenes, esposas, madres, mujeres todas, vosotras sois principalmente las que debéis celebrar esta fiesta con un fervor y un reconocimiento llenos de entusiasmo: el ensalzamiento de María es vuestra gloria. ¿Os acordáis de lo que érais en tiempo del Paganismo? Esclavas degradadas y afrentadas. ¿Sabéis lo que sois todavía donde quiera que no habeis sido rehabilitadas por el Cristianismo? En la India víctimas destinadas á la hoguera; en África bestias de carga abrumadas con el trabajo; en todas partes consideradas como las más viles criaturas. Pero cuando, merced al advenimiento del Cristianismo, el hombre vió que Dios honraba á la mujer; cuando vió que convertía á María en madre suya y Reina de los Ángeles, entonces el hombre respetó también á la mujer.

Pero la mujer tiene también el deber de conservar la posición en que la ha colocado el Cristianismo. Cuanto más procure asemejarse á María, mayor será su consideración, su libertad, su poder y hasta su felicidad. Por esto no me canso de admirar el *instinto* que inclina á las jóvenes á la devoción de María; y digo *instinto*, porque quizás no todas comprenden la importancia que tiene para ellas el culto de la Vírgen. Cuando las veo vestidas de blanco en torno del altar de María, estoy por decíles estas palabras: *Si supiéseis el don de Dios*<sup>3</sup>; si supiérais cuánto debéis á María, ¡oh! cómo os prendaríais de ella! ¡con qué ardor seguiríais sus pasos, é imitaríais sus virtudes! La devoción de María es vuestra salvaguardia, no lo olvi-

<sup>1</sup> Responde jam, Virgo sacra, vitam quid tardas mundo? (S. Aug. *Serm.* XXI, *de Temp.*)

<sup>2</sup> Luc. I, 38.

<sup>3</sup> Joan. IV, 10.

deis: todo se lo debéis á ella, libertad, honra, consideración, y hasta la misma vida.

III. Su origen. — No debemos admirarnos de que el culto de María ocupe desde los primeros tiempos del Cristianismo un lugar tan preferente en la devoción de los cristianos y sobre todo de las cristianas. En todas partes vémosle coexistir con el culto del Salvador. Jesús tiene sus templos, María tiene también los suyos; Jesús tiene sus fiestas, también las tiene María. La de la Anunciación, que desde los tiempos apostólicos se celebraba en varios puntos, se fué generalizando rápidamente. Hallámosla ya continuada en un antiguo martirologio de la Iglesia occidental, que se atribuye á san Jerónimo<sup>1</sup>. La sucesiva conformidad de las iglesias particulares formó por último un consentimiento universal, y constituyó una costumbre que fué sancionada en el año 656 por el X concilio de Toledo, que llama á la festividad de la Anunciación la fiesta por excelencia de la Madre de Dios. En el año 692, el concilio de Constantinopla confirmó aquella fiesta, haciéndola extensiva á Oriente, donde se hallaba ya establecida, aunque se ignora desde qué época. Fijóse para su celebración el día 25 de marzo, nueve meses antes, día por día, del nacimiento del Salvador; porque, como dice san Agustín, es antigua tradición adoptada por la Iglesia, que la encarnación del Verbo se verificó el día 25 de marzo<sup>2</sup>.

IV. Disposiciones para celebrarla dignamente. — En aquel día debemos unirnos todos para felicitar á María, no solo por haber sido elegida Madre de Dios, sino también por haber correspondido fielmente á su sublime vocación. Hagamos también el propósito de corresponder á la nuestra; roguemos á María que nos ayude á conocerla; y para que podamos oír la voz de Dios, imitemos el recogimiento de aquella augusta Vírgen; amemos su modestia y su piedad; demos gracias á Dios por los beneficios que del misterio de la Encarnación y de la Anunciación han provenido al género humano y á nosotros mismos en particular. Y sobre todo al considerar la sublime prerogativa de María, y el supremo lugar á que Dios la eleva en este día, llenémonos de noble orgullo por tener semejante Madre, y pongamos la más tierna y absoluta confianza en aquella á quien nunca se invoca en vano.

Digámosle con un piadoso autor: « Mucho me habeis dado ya, » ó gran Princesa; pero todo lo que me habeis dado es muy poco » en comparación de lo que Vos podeis darme y yo deseo obtener. » Todas las legislaciones dan derecho á los hijos sobre todos los bie-

<sup>1</sup> In Galilææ civitate Nazareth annuntiatio sanctæ Mariæ de Conceptione, quando ab Angelo est salutata. (Bened. XIV, pág. 456, n. 18.)

<sup>2</sup> Sicut à majoribus traditum, suscipiens Ecclesiæ custodit auctoritas, octavo Kalendas aprilis conceptus creditur. (*De Trinit.* lib. X, c. 5.)

» nes de sus madres ; por tanto yo quiero hacer valer este derecho.  
» Hagamos, pues, la cuenta, y veámos cuál de nosotros dos es deudor al otro.

» Desde que fuisteis elevada á la incomparable dignidad de Madre de Dios, se os puso en posesion de todos los tesoros del cielo para que dispusiérais de ellos como dueña absoluta ; y ¡ quién puede pensar hasta qué extremo vinisteis á ser entonces grande, poderosa y rica ! Siendo, pues, esto así, necesariamente debeis convenir conmigo en que, por mucho que deis á vuestros hijos, siempre os queda mucho mas que dar, porque vuestros tesoros son inagotables. » Ahora bien, esos tesoros, permitid que os lo diga, son superfluos para Vos, y aun mas que superfluos, pues por grande que sea la liberalidad con que nos los dispensais á nosotros, pobres y desgraciados, no por esto habeis de ser Vos menos rica. Permitidme tambien que os diga que esos tesoros os han sido confiados con la condicion de hacer participantes de ellos á los miserables que recurren á Vos ; á mas de que, ya sabeis que si Dios os ha elevado á tan alto puesto, ha sido para dar en Vos una compasiva protectora á todos los desgraciados.

» Ahora, Madre mia, dejad que os hable con toda ingenuidad: me parece que os he puesto en el caso de no poderme negar lo que os pido. Es preciso una de dos, ó que oigais propicia mis ruegos, por impío, sacrilego y malo que yo sea, ó que os opongais á los designios misericordiosos de aquel Dios á quien tanto debeis, y que falteis á los deberes del cargo que se os ha confiado. ¿ Qué os parece ? ¿ tenéis algo que replicarme ? ¿ ó no son bastante poderosas mis razones ? Á Vos misma apelo, decidid <sup>1</sup>. »

Las palabras del ángel Gabriel, que mas arriba hemos explicado: *Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres*, forman la primera parte del *Ave María*. La segunda se compone de estas otras que pronunció santa Isabel cuando fué á visitarla su prima: *Y bendito es el fruto de tu vientre*. La Iglesia, esa otra María, esa otra Esposa del Espíritu Santo, acabó muchos siglos hace la Salutación angélica añadiendo aquellas palabras tan sabidas: *Santa María, Madre de Dios*, etc. Vamos á ver ahora cuál fué el origen de esta adición.

En el año de 431 reunióse un concilio general en Éfeso para condenar la herejía de Nestorio. El día en que el concilio debía resolver acerca de la maternidad divina de María, el pueblo, inquieto y agitado, inundó las calles de la ciudad, y se reunió al rededor del magnífico templo que la piedad de los habitantes del litoral del mar de Icaria habia erigido bajo la invocacion de la Virgen. En aquel templo era

<sup>1</sup> María, estrella del mar, pág. 61, 96.

donde estaban reunidos doscientos obispos para examinar las proposiciones de Nestorio, que no osó presentarse á defenderlas ; tan poca debía ser su confianza en la justicia de su causa y en la fuerza de sus argumentos. El pueblo, agolpado en el atrio de la basílica y en las calles inmediatas, guardaba un profundo silencio ; pero la inquietud estaba pintada en el móvil semblante de aquellos griegos, cuyas bellas y expresivas facciones revelan tan bien las impresiones del alma. Al fin sale del templo un obispo, y anuncia á la multitud silenciosa y absorta que el concilio ha fulminado el anatema contra el novador, y que la Virgen santísima conserva gloriosamente su augusta prerogativa de Madre de Dios. Entonces la muchedumbre prorrumpe en clamores y demostraciones de alegría : los Efesios y los extranjeros venidos de todas las ciudades del Asia rodean á los Padres del concilio, besan sus manos y sus vestidos, y perfuman con drogas aromáticas las calles por donde debian pasar. La ciudad se ilumina espontáneamente : nunca se vió alegría mas verdadera y universal. Créese que en este concilio de Éfeso fué donde san Cirilo, de acuerdo con la santa asamblea que presidia, redujo á la forma actual la última parte de la Salutación angélica: *Santa María, Madre de Dios*, etc. <sup>1</sup>.

María tiene en particular estima la Salutación angélica, porque le recuerda la alegría que experimentó cuando el ángel Gabriel le anunció que seria Madre de Dios, y por lo tanto debemos dirigirla con frecuencia. El que salude á María, será tambien saludado por ella, y el saludo de María será siempre señal de alguna gracia. La Madre de Dios no puede negar nada al que la invoca con las palabras del *Ave María* <sup>2</sup>.

La práctica de la devocion del *Ave María* consiste :

1º. En rezar todos los dias al levantarse y al acostarse tres *Ave Marias* con el rostro pegado al suelo, ó á lo menos de rodillas, diciendo, despues de cada una, esta breve oracion: *¡ Oh María, por vuestra pura é inmaculada Concepcion, purificad mi corazon y mis sentidos !* Luego se pedirá la bendicion de María como la de una madre, cual lo hacia san Estanislao de Kotska, poniéndose especialmente bajo su proteccion, para que nos guarde de todo pecado durante aquel día ó aquella noche. Para esto convendrá tener junto á la cama una imagen de Nuestra Señora.

2º. En rezar el *Angelus* por la mañana, al mediodía y por la noche. Esta tierna y piadosa costumbre se debe al papa Urbano II, quien, en el concilio de Clermont, que se celebró el año 1095, con el principal objeto de atraer la proteccion de María sobre las Cruzadas,

<sup>1</sup> Véase lo que dijimos al explicar el *Ave María* en el t. II, leccion XXIV ; Baron. año 431.

<sup>2</sup> Si quis veniat ad Matrem Domini, dicens : *Ave, Maria*, numquid poterit ei gratiam denegare ? (Ricard. art. *Virtus*.)